13264-rev esp 22 (4) 22/7/08 11:11 Página 47

BRASIL: ¿QUÉ POLÍTICAS PARA QUÉ COHESIÓN SOCIAL?

BERNARDO SORJ Y DANILO MARTUCCELLI*

PALABRAS CLAVE

Brasil; cohesión social; políticas públicas

RESUMEN

El presente artículo parte de la premisa de que Brasil, como muchos otros países de la región, está viviendo un movimiento de democratización que, por vez primera y a diferencia de lo que ocurrió en los años ochenta, aparece como el fruto de un conjunto de factores estructurales que interpelan a la cohesión social, y que los autores explican a partir de cuatro ámbitos: el vínculo social; las movilizaciones colectivas; las normas y el derecho; y el Estado, el mercado y la nación. La verdadera novedad ahora, además, se encuentra en que las estrategias individuales y colectivas no se expresan exclusivamente más en términos de demandas al sistema político, de forma que el verdadero motor de este proceso democratizador se encuentra en la sociedad y en la cultura. Y así, la democracia que debía llegar "desde arriba" se produce "desde abajo", poniendo de manifiesto la imperiosa necesidad de articulación entre las instituciones y los actores.

ABSTRACT

The present article is based on the idea that Brazil, as many other countries from the region, is living through a movement of democratisation which, for the first time and unlike what happened during the eighties, is seen as the result of the action of several

* Bernardo SORJ trabaja en la Universidad Federal de Rio de Janeiro (IFCS-UFRJ), Centro Edelstein de Investigaciones Sociales. www.bernardosorj.com

Danilo MARTUCCELLI trabaja en la Universidad de Lille 3 (Francia), GRACC.

13264-rev esp 22 (4) 22/7/08 11:11 Página 48

structural factors related to social cohesion, that the authors explain by going into four fields in depth: the social tie; the collective mobilisations; the rules and the Law; and the state, the market and the nation. The real innovation now is in the fact that the individual and collective strategies are not exclusively expressed anymore in terms of demands to the political system, so the real power of this democratizer process is in society and culture. In this way, democracy, that was supposed to come "from above" now comes "from below", highlighting the urgent need of articulation between institutions and actors.

RESUMO

O presente artigo parte da premissa de que o Brasil, como muitos outros países da região, está vivendo um movimento de democratização que, por primeira vez e diferentemente do que aconteceu nos anos oitenta, aparece como o fruto de um conjunto de fatores estruturais que interpelam a coesão social, e que os autores explicam a partir de quatro âmbitos: o vinculo social; as mobilizações coletivas; as normas e o direito; e o Estado, o mercado e a nação. A verdadeira novidade atual, ademais, se encontra nas estratégias individuais e coletivas que não se expressam mais exclusivamente em termos de demandas ao sistema político, de forma que o verdadeiro motor desse processo democratizador encontra-se na sociedade e na cultura. Assim, a democracia que devia chegar "desde cima" se produze "desde baixo", pondo em manifesto a imperiosa necessidade de articulação entre as instituições e os atores.

En este artículo defendemos la hipótesis de que Brasil, como otros países de la región, está atravesando un movimiento de democratización que, si bien coincide en parte históricamente con el regreso a la democracia, en los años ochenta, se diferencia sin embargo radicalmente de otros períodos[1]. Por primera vez la democratización aparece como el fruto de un conjunto de factores estructurales que interpelan a la cohesión social. Por ello, a pesar de la

1. Para una visión y una bibliografía más amplia de los temas aquí desarrollados, cf. SORJ y MARTUCCELLI, 2008.

13264-rev esp 22 (4) 22/7/08 11:11 Página 49

aparente continuidad que pueden transmitir ciertos indicadores de desigualdad y pobreza, las formas del tejido social, de asociación, y los universos simbólicos se han transformado profundamente. Y ello mucho más en la medida que el verdadero motor de este proceso democratizador no se encuentra en los sistemas políticos, sino en la sociedad y en la cultura. Si no se comprende cabalmente esta transición, tanto las políticas públicas como los programas de cooperación se arriesgan a permanecer como letra muerta.

La verdadera novedad se encuentra en que las estrategias individuales y colectivas no se expresan exclusivamente más en términos de demandas al sistema político. Ayer, ante los reiterados y evidentes bloqueos económicos y políticos a los que hacían frente, los actores se asociaban entre sí a fin de hacer valer o defender sus intereses. La llegada masiva de migrantes de las zonas rurales a las grandes ciudades y las transformaciones urbano-industriales de los años cincuenta produjeron un aumento de expectativas que, al no poder ser satisfechas por la sociedad (en términos de inserción laboral y habitacional, participación política o inclusión simbólica) habrían producido una "sobrecarga" de demandas sociales que dieron lugar a patologías autoritarias o a "desbordes" que condujeron a formas diversas de desorganización social. En este contexto, las movilizaciones colectivas eran a la vez un pivote posible y una amenaza real para la cohesión social.

Esto no es sino parcialmente verdadero hoy en día en Brasil, fundamentalmente, porque no sólo se modificaron los antiguos sistemas asociativos, sino porque por encima de todo los actores individuales poseen nuevos e inéditos márgenes de iniciativas personales (Martuccelli, 2007). En la actualidad los procesos de democratización no se expresan solamente en una mayor presión sobre el sistema político, sino a través de iniciativas que se dan al *margen* (en el campo de la intimidad, del consumo individual o de eventos colectivos fuera del sistema político), *contra* el espacio público (formas de delincuencia) o *abandonando* el país. Es pues indispensable leer de manera conjunta *voice* y *exit* para comprender el estado real de la movilización en Brasil hoy. Y ello mucho más ya que entre uno y otro es probable que exista más de un vaso comunicante: la debilidad de los actores colectivos precipita la búsqueda de salidas individuales a problemas sociales.

Por el momento este anhelo democrático no se expresa a nivel de las instituciones, y su irrupción desestabiliza a más de una de ellas. De ahí, la dificultad de todos aquellos que, centrándose en esta esfera, no logran captar la importancia del cambio en curso. Actualmente esta democratización comienza y muchas veces termina en los individuos —en sus expectativas y en sus nuevas capacidades de acción. Es sin lugar a dudas insuficiente, y a falta de

13264-rev esp 22 (4) 22/7/08 11:11 Página 50

una traducción institucional, el riesgo de que estos factores terminen incidiendo negativamente sobre la cohesión social y la estabilidad de las democracias es grande. Pero en el momento actual, cómo no subrayarlo, son también la promesa de otra cohesión social más democrática y horizontal. En las páginas siguientes nos dedicaremos a mostrar la transformación de la cohesión social en cuatro grandes ámbitos: el vínculo social; las movilizaciones colectivas; las normas y el derecho; el Estado, el mercado y la nación.

Transformaciones del vínculo social

Fue alrededor de la auto-sostenibilidad del vínculo social (y de una cierta nostalgia conservadora) como se pensó tradicionalmente, en América Latina, una forma particular de cohesión social. Lo mejor del ensayismo latinoamericano —cualesquiera que sean sus limitaciones— entretuvo este imaginario y defendió esta tesis. Durante mucho tiempo en Brasil se supuso que existía una suerte de especificidad del vínculo social que, a diferencia notoria de lo que sucedía en las sociedades del Norte, era capaz de sustentarse a sí misma sin necesidad de ser articulada por instituciones políticas modernas. En el fondo, este vínculo social se concibió como una mezcla particular de elementos jerárquicos (tutelajes, clientelismos y padronazgos diversos) e igualitarios (basados en la extensión de factores contractuales). En un régimen dual de este tipo los individuos no cesaban por un lado de mostrar una aspiración igualitaria y por el otro de corroborar la permanencia "natural" de elementos verticales. Es el horizonte desde el cual, como se sabe, Gilberto Freyre interpretó la democracia racial en Brasil.

Pero progresivamente el vínculo social se apartó de formas puramente jerárquicas y pasó a vivirse a más o menos equidistancia entre la igualdad y la jerarquía (Da Matta, 1978; Buarque De Holanda, 2006), por lo menos hasta recientemente (Sorj, 2000; Vidal, 1998). En efecto, en las últimas décadas la equidistancia relativa entre la igualdad y la jerarquía cede el paso progresivamente, pero sin duda sin posibilidad de retorno, a un incremento de las demandas de igualdad. La horizontalidad del vínculo social se convierte, por doquier, en una exigencia central. Las razones son indudablemente múltiples y van desde el aporte inequívoco que le retorna a la expansión de la educación o a los medios de comunicación, como a la consolidación de un anhelo igualitario transmitido por la ciudad, a la afirmación cultural de las mujeres, las minorías étnicas o los jóvenes, sin olvidar, por supuesto, los efectos producidos por el consumo y los cambios políticos.

Los efectos de esta tranformación son observables en varios ámbitos, pero para permanecer en los límites de este artículo, evoquemos este proceso a través de

13264-rev esp 22 (4) 22/7/08 11:11 Página 51

dos grandes ejemplos. Por un lado, la religión, en la que se observa que el tradicional sincretismo religioso entre cultos es hoy en día objeto de una nueva vuelta de tuerca: si antaño fue animado casi exclusivamente desde lógicas de grandes grupos sociales, la reelaboración espiritual es cada vez más objeto de recomposiciones que tienden a individualizarse. Junto con la presencia creciente de los cultos evangélicos, en particular en las clases populares, tenemos la diseminación de religiones, movimientos espirituales y de autoayuda, en particular entre las clases medias y la renovación de los cultos populares, e incluso fenómenos nuevos como la presencia masiva de "blancos" en los cultos afro-brasileños. Los creyentes se sustraen en muchos aspectos de la autoridad de las iglesias (separación, anticoncepción) y los individuos (y ya no solamente los grupos sociales) se dotan de formas espirituales más singularizadas, a través de combinaciones cada vez más personalizadas. Uno de los principales resultados es que a nivel del vínculo social, si ayer la "naturalización" de las jerarquías encontró en la religión un sólido aliado (sobre todo en las zonas rurales), hoy progresivamente la matriz religiosa se abre a la influencia de la igualdad.

La segunda ilustración proviene de las dinámicas urbanas. Dejando atrás momentos más armónicos y homogéneos de integración cultural, el espacio urbano refleja hoy sociedades diferenciadas y heterogéneas. La organización social del espacio de las grandes ciudades, asociado con la expansión de la violencia, acentúa la separación territorial entre sectores sociales en muchas ciudades brasileras. Como consecuencia de ello se asiste a una disminución de las oportunidades de interacción social entre actores diferentes y desiguales en las calles y en las instituciones como la educación, salud, transportes y recreación. Pero sobre todo se asiste a una transformación cotidiana de la sociabilidad en la que se incrementa la reticencia entre las personas. En realidad, ahí donde el antiguo vínculo social dual —jerarquía e igualdad, pero con predominio de la primera— asignaba a cada actor un claro lugar en el espacio social, dictándole sus conductas y restringiendo el abanico de sus transgresiones interactivas, en el nuevo marco de una sociabilidad más horizontal y exigente en términos igualitarios, las relaciones con los extraños son globalmente percibidas como menos estructuradas. Incluso a través de mecanismos pervertidos, la horizontalidad del vínculo social se impone.

Los dos aspectos rápidamente evocados (a los cuales podrían añadirse otros) son muy disímiles entre sí. Sin embargo, cada uno confluye en una dirección común —el incremento y la generalización de una expectativa igualitaria en la sociedad, que se combina con la afirmación de nuevas iniciativas individuales. Por supuesto, este nuevo vínculo social aparece como débil y efímero comparado con la "solidez" del vínculo social vertical de antaño —donde la

13264-rev esp 22 (4) 22/7/08 11:11 Página 52

perennidad del vínculo estaba garantizada por la naturalización de la jerarquía y lazos de dependencia personal. Esto no transforma "todas" las relaciones sociales en interacciones "inciertas", ni expande un "temor" generalizado hacia los otros, y ni tan siquiera desencadena una "inseguridad" obsesiva. Pero sí engendra, en revancha, una actitud constante de vigilia y de alerta, en verdad, una familia amplia de actitudes de reticencia permanente, y un conjunto de estrategias de encierro y de privatización. Pero detrás de esta experiencia, y a través de ella, camina una importante revolución democrática que se inscribe en la forma misma de las relaciones sociales.

Actores sociales y formas de representación

Toda sociedad requiere para asegurar su cohesión, mecanismos que le permitan procesar sus conflictos sociales y organizar la representación de los intereses antagónicos, lo que enfatiza el papel de los actores sociales y de los medios de comunicación. Aqui también se observan en la sociedad brasileña modificaciones profundas en las últimas décadas. Nos limitaremos, como en el punto precedente, a señalar algunas.

Los sindicatos, si bien continúan siendo un factor importante en la defensa de los intereses de los asalariados, perdieron en las últimas décadas buena parte de su papel de actores políticos y constructores de identidades colectivas. Es cierto que el mercado de trabajo formal nunca incluyó a todos, pero aún así el mercado de trabajo formal y de sus regulaciones fue una de las instituciones cohesivas más importantes del país, que asistió a la consolidación de su sistema de relaciones de trabajo en tándem con el proceso de desarrollo económico basado en la industrialización por sustitución de importaciones y controlado por el Estado.

La crisis de este modelo en los recientes años ha sido el fruto de la adopción de programas de ajuste estructural. El sindicalismo, que era fuerte en Brasil y que, en cierto sentido, había ejercido un poder de veto a las políticas anteriores de estabilización (Sallum JR, 1996), terminó plegándose a la lógica de la reforma. Sin embargo, y aún cuando los sindicatos perdieron espacio y poder, las tasas de sindicalización permanecieron relativamente estables, pero en un nivel bastante bajo, variando entre 18% y poco menos de 20% de la Población Económicamente Activa (PEA) entre 1988 y 2005 (Cardoso, 2004: 22).

Pero lo que caracteriza la situación actual es algo más que una simple acentuación o deterioración de tendencias seculares. Detrás de la reorientación económica y política de las últimas décadas, es la naturaleza misma de los sindicatos la

13264-rev esp 22 (4) 22/7/08 11:11 Página 53

que se cuestiona y su rol de agentes mixtos de co-regulación pública y de contestación colectiva. Presos en medio de una inversión global de las relaciones de fuerza entre el capital y el trabajo (y la consolidación y a veces expansión del sector informal), enfrentados a nuevas tecnocracias públicas fuertemente reticentes hacia ellos y a la aparición de liderazgos políticos que tuvieron que desmantelar el antiguo poder sindical a fin de imponer el suyo, los sindicatos tienen dificultad en redefinir su nuevo rol.

Desempleados, sin-tierra, sin-techo, sin-derechos, los trabajadores pobres se apoderaron de la escena, pidiendo inclusión social de algún tipo, por fuera de los instrumentos tradicionales de representación de intereses. En este contexto las políticas sociales, en particular las llamadas "cash transfer", se perfilan como el principal instrumento tanto de mejoría de las condiciones inmediatas de vida de los sectores más pobres como de producción de un neo-clientelismo electoral.

El debilitamiento de este actor tradicional contrasta empero con el dinamismo de las Organizaciones No Gubernamentales (ONG). Pero éstas portan una visión particular de la cohesión social. Se trata de un conjunto de organizaciones que promueven causas sociales sin recibir el mandato de las personas que dicen representar. Este nuevo fenómeno de representación sin delegación —o mejor dicho, de autodelegación sin representación—, permite canalizar las energías de los activistas sociales hacia nuevas formas de organización separadas del público, cuyas necesidades pretenden representar o, al menos, sin establecer un vínculo muy claro con ese público.

En Brasil, se expandieron las ONG y fundaciones del sector empresarial que, influenciado por el discurso de la empresa socialmente responsable, se involucró cada vez más en proyectos sociales. Sin embargo, la afirmación de que las ONG pasaron a ser un sustituto del Estado y de sus políticas sociales es insostenible en un país como Brasil, pues la capacidad de las ONG de distribuir bienes públicos es extremadamente limitada. Por el contrario, como diseminadores de causas, las ONG de *advocacy* tuvieron y tienen impactos más importantes. La política de lucha contra el SIDA en Brasil, una de las más exitosas del mundo, es un ejemplo de éxito, pero otras veces el impacto político y social de causas divulgadas por fundaciones u ONG internacionales, puede ser cuestionado.

Pero lo esencial se encuentra en otra dirección. La pérdida del peso específico de las movilizaciones sociales ha sido compensada por la afirmación de nuevos mecanismos de representación en el ámbito mediático. Brasil no escapa a una de las grandes transformaciones de fines del siglo XX, que ha visto

13264-rev esp 22 (4) 22/7/08 11:11 Página 54

consolidarse una esfera pública cada vez más activa, plural y autónoma, en la cual se inscriben las principales representaciones que las sociedades actuales producen sobre ellas mismas. Por supuesto, la opinión pública está sujeta a controles diversos, pasando por una propaganda insidiosa o publicitaria, por la voluntad de los poderes políticos de controlar más o menos directamente las informaciones, o por el fuerte monopolio que grandes grupos económicos privados detentan sobre los medios de masas. Y sin embargo, y a pesar de estas influencias evidentes, la opinión pública no deja de ser un campo donde visiones múltiples, opuestas, antagónicas, luchan por imponerse, son representadas, circulan y son debatidas, cada vez más, e inclusive, a través de Internet.

Esta transformación estructural tiene consecuencias mayores, que a la vez apoyan y amplifican el proceso de democratización y de individualización en curso. Se asiste a un divorcio entre el dominio de la representación funcional de los intereses (que continúa siendo el propio de las instituciones políticas y de los actores sociales —sindicatos, partidos—) y el ámbito de la representación figurativa de la sociedad (en el cual un papel determinante le corresponde a los medios). Imposible menoscabar este hecho. Los conflictos y la política, incluso cuando siguen siendo casi monopolio de ciertos grupos sociales, se han convertido cada vez más en una cuestión de debate. Es necesario discutir y rebatir, presentarse en público y retraerse de él, tratar de influir en la opinión pública sin dejar de estar constantemente bajo su acecho. Pero sobre todo, en sociedades tan desiguales en términos de poder, el hecho no solamente de poder expresar su voz a través del voto sino de ser solicitado por esos poderes, transmite imaginariamente un nuevo sentimiento de ciudadanía.

Normas y derecho

En tercer lugar, la cohesión social depende de la vigencia de las normas y del derecho. Aquí también es preciso partir desde una constatación histórica: en Brasil existe una particular cultura de la trasgresión. Esta cultura testimonia la presencia de una tradición legalista; un poder en plaza que menosprecia a los ciudadanos (en la proporción directa de su falta de poder, económico o político); una tolerancia —a veces incluso una verdadera fruición colectiva— a la trasgresión de las reglas. Si ciertas formas de trasgresión, especialmente la ejercida de forma brutal por la pura imposición del poder económico, político o burocrático, causa repulsa, existe otro lado de la trasgresión cotidiana, en que es vivida como expresión positiva de comprensión, sensibilidad y disposición a ayudar. Pero si una trasgresión puede ser objeto de un elogio público (la "viveza"), tarde o temprano es por lo general descalificada.

13264-rev esp 22 (4) 22/7/08 11:11 Página 55

Sin embargo, es indispensable no hacer de esto un rasgo culturalista. No estamos frente a agentes naturalmente virtuosos o viciosos. Pues si la trasgresión es una constante en la historia al mismo tiempo fue permanentemente recompuesta, tanto en su sentido como en sus prácticas. Sólo hoy, cuando se diseminan formas individualizadas de sociabilidad y que el horizonte político es cada vez más un Estado democrático al servicio del bien público, es posible captar la variedad de prácticas pasadas y presentes de formas de transgresión. Y como todo fenómeno histórico, las características de estas prácticas cambian.

En este registro lo más significativo es la importante expansión de actos delictivos y criminales como lo refleja la violencia urbana armada o la aparición de un crimen organizado que, al amparo de redes internacionales, pone severamente en jaque la institucionalidad legal en el país. Las cifras son impresionantes. La tasa de homicidios por arma de fuego se multiplicó por tres en dos décadas. De siete muertes por arma de fuego por cada 100.000 habitantes en 1982, se pasó a 21 en 2002 (Phebo, 2005). De la violencia epidémica que era considerada un fenómeno típico del medio rural se ha pasado a la violencia como un fenómeno fundamentalmente, si bien no exclusivamente, urbano. Tanto es así que ciudades como Recife (65 homicidios por 100.000 habitantes en 2004), San Salvador (78 en 1998), Sao Paulo (38 en 2004) y Río de Janeiro (51 en 2004) tienen tasas de homicidios por cada 100.000 habitantes muy superiores a las medias nacionales (Fernandes y De Souza Nascimento, 2007). El costo de la violencia armada en Brasil ha sido estimado en 10,5% del PIB (Briceño León, 2002: 44) y solamente el costo anual de las internaciones hospitalarias ocasionadas por lesiones con arma de fuego se estima entre 36 y 39 millones de dólares (Phebo, 2005: 35).

La explosión de las tasas de violencia urbana armada transmite el sentimiento de que el Estado es incapaz de asegurar la integridad física de sus ciudadanos. El impacto sobre la cohesión social es inmediato y profundo. La inseguridad y el miedo insensibiliza a las clases medias y las aleja de la situación en que se encuentran los sectores más pobres, que pasan a ser vistos con desconfianza, en particular si son varones jóvenes, y más todavía con trazos físicos mestizos o negros. Lo que a su vez refuerza una estrategia, en particular entre los jóvenes de los sectores populares, de utilizar la violencia o la incivilidad como un recurso para combatir su invisibilidad.

El proceso es incluso extremo en los barrios pobres que pueden ser controlados por grupos criminales y en los cuales el fracaso del Estado en asegurar los derechos humanos básicos, es patente. Estas “pandillas” o “facciones” afirman identidades, delimitan territorios, movilizan la voluntad en opciones

13264-rev esp 22 (4) 22/7/08 11:11 Página 56

radicales. En realidad, la fuerte cohesión orgánica e interna de estos grupos delictivos, y el estricto respeto de las normas y códigos de honor que en ellos está vigente, contrasta fuertemente con la relativa debilidad de sus lazos con otros sectores de la sociedad o con su dimensión delictiva. El tráfico de drogas y armas en las *favelas* brasileñas, por ejemplo, además de fuente económica para tiranías locales, también constituye redes cooperativas en un mercado ilegal y arreglos sociales proveedores de identidad y pertenencia a jóvenes socialmente fragilizados. Por supuesto, se trata de formas de cohesión social, esencialmente, problemáticas o pervertidas en sus significaciones sociales.

La violencia y el crimen pues, son una pesadilla cotidiana a la cual los individuos, dada las insuficiencias del Estado, deben hacer frente. También en este ámbito, por ende, los individuos, al hacerse cargo de su propia seguridad, deben colmar las insuficiencias de las instituciones, que inclusive, son muchas veces parte del problema, dada la porosidad que existe entre la ilegalidad y la legalidad entre los mismos actores estatales encargados de hacer respetar el orden. En el estado de Río de Janeiro, entre 2003 y 2006, la policía militar y la civil mataron a 4.329 personas. Se estima que más del 65% de esas muertes no tuvieron lugar en enfrentamientos, esto es, en acciones legales ante reacciones armadas de sospechosos, y presentan claras señales de ejecución. Estamos hablando, por lo tanto, de más de 2.800 muertes provocadas ilegalmente por acciones policiales. Ciertos policías actúan en los grupos de exterminio y se organizan en milicias.

Estos fenómenos corroen la confianza que los individuos tienen hacia las instituciones generando cinismo y frustración. Pero en este ámbito una novedad se insinúa. La sensibilidad de la opinión pública, y esencialmente de las clases medias, ante la impunidad aumenta. Por el momento, esta actitud tiende a expresarse de manera ambivalente: a la vez que se vive de forma fatalista y con amargura la permanencia secular del no respeto de las reglas en la región se producen acciones, a veces explosiones, que buscan progresivamente limitar la impunidad de algunas de éstas. Aún así, nos parece importante subrayar el rechazo creciente que se puede observar ante la impunidad y de la ineficiencia judicial, lo que se acompaña de un recurso innovador por parte de los individuos.

Estado, nación, políticas

El Estado, las políticas públicas y la nación, han sido desde siempre un horizonte mayor de la cohesión social. El Estado pudo apoyarse desde sus inicios o bien sobre un fuerte sentimiento de pertenencia nacional o bien sobre la

13264-rev esp 22 (4) 22/7/08 11:11 Página 57

debilidad de reivindicaciones regionales alternativas. Y sin embargo, y a pesar de ello, el Estado se caracterizó por sus limitaciones, por su incapacidad de intervención, y por la pesadez burocrática de una administración muchas veces sin recursos o capacidad de gasto social. El momento actual se inscribe sin duda en esta continuidad pero presenta también nuevos desafíos.

En primer lugar, en Brasil la sociedad de consumo de masas que se consolidó en las últimas décadas tuvo efectos contradictorios en términos de la democratización de las relaciones sociales y la cohesión social. El consumo de masas, la publicidad y la cultura consumista prácticamente destruyeron las barreras simbólicas entre las clases sociales, anteriormente encapsuladas en sistemas relativamente cerrados de estéticas, gustos y formas de consumo. La revolución de expectativas así producida genera pues valores igualitarios pero también anomia social, en la medida en que buena parte de las aspiraciones de consumo no se realizan y difícilmente se realizarán. Aún así, la generalización de estos bienes entre los sectores populares ha sido enorme, muchas veces ayudada por el sector informal, el contrabando o la reproducción ilegal, lo que permite que las clases populares tengan acceso a productos y modas de las clases medias y altas. Hablar de una ciudadanía a través del consumo (Sorj, 2000) permite así señalar hasta qué punto el acceso a bienes de consumo ha constituido en la región una experiencia central de participación social.

Sin embargo, y a pesar de lo anterior, el consumo introduce importantes desigualdades y exige políticas compensatorias a nivel de los servicios públicos. El problema es tanto más acuciante en la medida en la que una parte importante de los recursos asociados a políticas sociales favorecen fundamentalmente a los sectores medios y a los funcionarios del sector público. En las últimas décadas esta situación comenzó a modificarse, aumentando la capacidad recaudatoria del Estado (en Brasil se aproxima a la de los países desarrollados, pero con una base mucho menor de contribuyentes al impuesto a la renta) y algunas políticas sociales se focalizan cada vez más en dirección de los sectores más pobres, si bien todavía en ciertas áreas, en particular pensiones y educación superior, son los sectores medios y altos los más favorecidos por los recursos públicos. La inclusion socio-económica no está así exenta de ambivalencia y puede incluso generar una profunda bifurcación en relación al Estado y al sistema político, entre los sectores medios que pagan impuestos y sienten que el Estado no los retribuye suficientemente y los sectores más excluidos que esperan políticas sociales inclusivas pero que, posicionados al margen de la economía formal, no participan del esfuerzo fiscal.

El segundo desafío, que prolonga el anterior, es la aparición de un conjunto de nuevas demandas, por lo general pilotadas por grupos étnicos o minorías,

13264-rev esp 22 (4) 22/7/08 11:11 Página 58

que ponen en jaque la inclusión simbólica que las viejas narrativas nacionales lograron asentar en el pasado —sobre todo la ideología del “Brasil, país del futuro” que se actualizó en la década de los 50.

Actualmente, la visión de una civilización tropical, orientada hacia el futuro e integradora de diversas tradiciones culturales, está siendo puesta en jaque por ONG y grupos de militantes que se definen como representantes del movimiento negro, con fuerte apoyo de fundaciones internacionales. Estos grupos argumentan a favor de políticas de cuotas raciales para favorecer a la población negra que estaría concentrada mayoritariamente entre las capas más pobres de la población y critican la idea de la democracia racial como mistificación. Se trata de construir un nuevo actor histórico, afro-brasileño, con su memoria propia de víctima de la historia, imitando al modelo de los Estados Unidos. Este modelo se sustenta en una realidad histórica que tiene una muy escasa relación con la realidad histórico-cultural brasileña. En efecto, en Brasil no existe una memoria de la esclavitud pues ésta no produjo en realidad ninguna narrativa colectiva transmitida de generación en generación, y la cultura brasileña absorbió abiertamente componentes africanos, sea en la música, la comida, la capoeira, la sociabilidad lúdica, las creencias religiosas, reconociendo así sus raíces africanas, no como un mito de origen, sino como una práctica cotidiana.

Sin embargo, el gobierno de Lula da Silva, prosiguiendo y expandiendo políticas iniciadas en el gobierno de Fernando Henrique Cardoso, se involucró en un programa de acción afirmativa que implica la producción legal de identidades raciales en Brasil. El proyecto determina la clasificación racial compulsiva de cada brasileño, por medio de la identificación obligatoria de la “raza” en todos los documentos generados en los sistemas de salud, enseñanza, trabajo y previsión social. Por esa vía, se implanta una identidad colectiva oficial, independientemente de la voluntad de la forma en que cada ciudadano prefiere autodefinirse. ¿Cómo es posible que el Parlamento esté discutiendo una ley que va en dirección opuesta a la construcción de una identidad nacional aparentemente consolidada?

Este conjunto de demandas y actitudes reflejan un humor creciente de la opinión pública que perdió la confianza en el futuro, por falta de crecimiento económico y baja movilidad social. En definitiva, y por paradójico que parezca, los cuestionamientos actuales sobre la nación brasileña no se alimentan tanto de un pasado oculto como probablemente de un futuro incierto. No es un mero juego de palabras. En realidad, y más allá de las retóricas políticas, las discrepancias se organizan sobre la manera más eficaz de lograr superar las desigualdades que atentan contra ciertos grupos sociales. Para unos, esto implica

la puesta en práctica de políticas particularistas de acción afirmativa, y tras éstas se afirma la necesidad, como objeto de legitimación de ellas, de una revisión histórica de la memoria nacional. Para otros, por el contrario, es apoyándose en la memoria de la democracia racial, indisociablemente proyecto utópico y componentes de experiencia cotidiana, como es necesario re-pensar hoy políticas universalistas que logren una reducción eficaz de las desigualdades y discriminaciones.

Conclusiones

Resumiendo, ¿hay hoy más o menos cohesión social que ayer? La construcción de indicadores "objetivos" apuntan, como se sabe, a responder a una pregunta de este tipo, pero lo hacen en desmedro de colocar una cuestión anterior: a saber, cuál es la naturaleza de la cohesión social. Si no se responde a esta pregunta, se termina por suponer que las series cronológicas están tratando del mismo fenómeno. La búsqueda por desvendar las dimensiones cualitativas de este fenómeno, en nuestro caso, lo que ha cambiado verdaderamente en Brasil, nos ha llevado a privilegiar una interpretación histórica que pone el acento en la democratización en curso.

Los cuatro procesos que acabamos de presentar están atravesados, cada uno de ellos, a la vez por promesas y problemas. El debilitamiento de los grandes mecanismos sociales, culturales y políticos de integración societal invita a efectuar una apuesta en dirección de las capacidades de acción y de las iniciativas de los individuos y su potencial impacto virtuoso sobre las instituciones. Por paradójico que ello parezca en un primer momento, el individuo y la búsqueda de su autonomía es cada vez más el cemento de la sociedad. A condición de comprender empero claramente que este individuo no está, como lo piensa la tradición liberal, en el origen de la sociedad, sino que es, por el contrario, el resultado de un modo específico de hacer sociedad.

Es incluso una de las razones que hacen que la transformación democrática en curso, y sus promesas para la cohesión social, sea aún insuficientemente teorizada y percibida en el continente. Tradicionalmente se supuso en América Latina que los cambios en dirección de la democracia debían provenir de la política, a lo sumo de la economía, pero jamás se pensó seriamente que éstos podían venir desde la cultura y la sociedad —donde se afirmaba, el conservadurismo era de rigor. Es lo contrario lo que se ha producido. La cultura y la sociedad se han democratizado, en sus exigencias y en sus formas, de manera más honda y robusta que el sistema político e incluso que muchas instituciones. La democracia que debía llegar "desde arriba" se produce "desde abajo".

13264-rev esp 22 (4) 22/7/08 11:11 Página 60

Sin embargo, la dialéctica entre el aumento de las expectativas y las crecientes capacidades de acción de los actores individuales invita a ir más allá de la mera constatación de una resolución personal de problemas colectivos, y buscar sentar sobre nuevas bases, la articulación entre las instituciones y los actores. Éste es sin lugar a dudas el círculo virtuoso que deberá servir de hoja de ruta en los próximos años. Las instituciones no deben ni culpabilizar ni discapacitar a los individuos; deben, al contrario, pensarse de forma tal que logren incrementar eficazmente sus iniciativas, generando así una adhesión de nuevo tipo de éstos hacia ellas. El individuo no se opone a las instituciones. El individuo, en su fragilidad constitutiva, es el resultado de una manera de hacer sociedad. El debate político en la región, y la larga tradición de oposición ideológica entre colectivismo e individualismo, impiden por lo general percibir la articulación estrecha e indispensable que existe entre la afirmación de las instituciones colectivas por un lado y la expansión de la autonomía individual por el otro. Lo esencial será comprender que la consolidación de las instituciones no podrá realizarse en detrimento de las crecientes capacidades de acción de la que hacen gala los individuos, sino apoyándose en ellas y ampliándolas.

Bibliografía

BRICEÑO LEÓN, R. (2002), "La Nueva Violencia Urbana de América Latina", *Sociologías*, nº 8, 34-51.

BUARQUE DE HOLANDA, S. (2006), *Raízes do Brasil*, São Paulo, Companhia das Letras.

CARDOSO, A.M. (2004), *Industrial Relations, Social Dialogue and Employment in Argentina, Brazil and Mexico,* Genebra, ILO, Employment Strategies Papers, nº 7.

DA MATTA, R. (1978), *Carnavais, malandros e heróis*, Rio de Janeiro, Zahar.

FERNANDES, R.C., SOUSA NASCIMENTO, M. de (2007), *Mapping the Divide, Armed Violence and Urbanization in Brazil*, En prensa, Geneva, Small Arms Survey.

MARTUCCELLI, D. (2007), *Cambio de rumbo*, Santiago, LOM.

PHEBO, L. (2005), "Impacto da arma de fogo na saúde da população no Brasil". http://www.desarme.org/publique/media/vitimas_armas_impacto_saude.pdf

SALLUM, Jr. B. (1996), *Dos generais à Nova República,* São Paulo, Hucitec.

SORJ, B. (2000), *A Nova Sociedade Brasileira*, Río de Janeiro, Jorge Zahar.

SORJ, B., MARTUCCELLI, D. (2008), *El desafío latinoamericano: cohesión social y democracia*, Buenos Aires, Siglo XXI.

VIDAL, D. (1998), *La politique au quartier*, Paris, Editions de la MSH.